

menos a buena parte de ella) en la medida en que propone un parámetro, un eje teórico y crítico, con el cual leer un conjunto significativo de textos. De este modo, resulta un aporte esencial y una contribución a la búsqueda de inteligibilidad en textos que, por muy cercanos en el tiempo, se resisten a menudo a la lectura de la crítica.

Ana María Amar Sánchez

* Jorge Monteleone (ed.). *200 años de poesía argentina*. Buenos Aires: Alfaguara, 2010, 1008 p.

Las antologías suelen suscitar en el lector efectos contradictorios: adhesión o rechazo. Hay quienes buscan en ellas el poema perfecto, aquel que se desea encontrar como un tesoro. Pero también existen quienes detectan, en el conjunto, el poema que falta, cuya voz parece ser más potente desde la ausencia. Buenas o malas, a raíz de los hallazgos o a causa de sus omisiones, las antologías de poesía parecen ser, sin embargo, siempre útiles y vencer de paso algunas adversidades: reditúan un valor, un interés, una negatividad que resulta transitiva y ofrecen tras una disputa en sordina una verdad inmediata y positiva. Y todo eso más allá de aciertos y defecciones. Lo sabemos: las antologías tienen siempre que mostrar para demostrar y, como un libro mágico, dejan entrever los accidentes que configuran el mapa que toda lectura traza. Por eso hay algunas antologías, como ésta por ejemplo, en la que esa trama no sólo se hace visible sino que parece multiplicarse en otros tantos afluentes que, por imprevista y epifánica, deparan al lector una dicha enorme pues ¿hay algo más gozoso que encontrar una secreta familiaridad entre poetas dispares?, ¿que hallar el vínculo de pronto inédito entre el poeta de un siglo y de otro o el solapado parentesco que ahora sale a la luz entre poemas y poemarios que nacieron de voluntades estéticas totalmente contrarias? Si la etimología nos recuerda que es un florilegio, un ramillete, un haz de flores, el lector también deberá hacer su propia selección si quiere avizorar, entre poema y poema, el mapa latente y oculto que invita a infinitos recorridos.

Aun cuando las antologías nazcan por encargo; aun cuando el antólogo se esmere por alcanzar la completud imposible de la totalidad o pierda literalmente el sueño y la paz por ver representados todos los senderos de la poesía, las antologías de poesía parecen desentenderse de la previa intencionalidad que le dio origen, y hasta desligarse de sus propias razones de ser: se disparan solas hacia el territorio imaginario del lector. Allí sólo reina el que siga el método machadiano del no hay lectura sino aquella que se hace al leer. Únicamente leyendo, esa trama se vuelve visible, convocante. La autonomía de las antologías, que no suspende por ello el juicio crítico, encarna de alguna manera la potencia de su propio ser-antologías: que la selección suscite territorios significantes, más que dejarlos establecidos; que este conjunto o agrupamiento (Jorge Monteleone lo denomina “constelación”) no sólo prefigure itinerarios a seguir sino también fomente comparaciones y juegos, transformando a los poemas en auténticas piezas de un gran rompecabezas, un paradigma de existencia hipotética pero contundente a medida que irrumpen los poemas en la antología, esos artefactos que construyen pequeños universos de sentido.

Por eso, toda antología de poesía que se precie de tal pivotea sobre dos ejes: uno dice que toda antología es necesariamente incompleta *per se*, ya que no es posible superar el principio de selección que la constituye; el otro es el principio del movimiento sin el cual resultaría un mero catálogo, una lista muerta de poemas sin dirección alguna. Como tantas otras, que no podremos comentar aquí, la de Monteleone presenta estas dos facultades pero infunde, a propósito de arco temporal tan vasto que se propone abarcar (nada menos que dos siglos), un concepto de *amplitud* cuya pertinencia persigue un objetivo tan ambicioso como riesgoso y que requiere, al menos para llegar a buen puerto, sortear no pocos escollos. El primer peligro hubiera consistido en la exclusión de poetas que no hayan logrado con sus respectivas obras (aunque no necesariamente publicadas) la incidencia gravitante en el contexto poético de su época y sin embargo la decisión de una organización “constelada” —más que una basada en la diacronía— suscitó la formación de un conjunto estructural en el que los poemas se relacionan con otros independientemente de lo que pudieron lograr por sí mismos en sus propios poemarios. Esto es un acierto: no suspender la calidad poética pero potenciar la relación entre un poema y el otro, en una suerte de recíproca iluminación profana, significa no solamente dar a ver la trama latente y múltiple del mapa de la poesía argentina sino también dar cabida concretamente a los poemas de poetas que quizás no hubieran podido

conseguir un lugar en la antología. El otro peligro hubiera sido desvanecer el perfil de los poemas provenientes de poéticas fuertes, entendiendo por ello una poesía preocupada también en una teoría poética consciente, de aquellos poemas que apuestan más a una visión instantánea, menos reflexiva que empírica, y aun en este caso ambos caracteres pueden convivir sin riesgo de menoscabo alguno. Así, el antólogo decide por ejemplo la publicación de poemarios completos (como *Nidos de cóndores* de Olegario Andrade, *Luz de provincias* de Carlos Mastronardi, *Argentino hasta la muerte* de César Fernández Moreno, *Cadáveres* de Néstor Perlongher, *Hospital británico* de Héctor Viel Temperley), lo cual no sólo vuelve a esta antología sumamente útil a la hora de su consulta sino que se trata de poemarios que han contribuido enormemente a la constitución y destitución al mismo tiempo de los procesos de formación de una identidad argentina desde el esfuerzo titánico del hombre decimonónico por asumirse como un nuevo Prometeo en el poema de Andrade, pasando por esa égloga realista de Mastronardi hasta la visión irónica y distanciadamente paródica del libro escrito por César, el hijo de Baldomero. O bien un poemario como el de Perlongher que identifica uno de los tramos más oscuros y siniestros de nuestra Historia a través de la alegoría poética, de larga tradición en la literatura argentina si pensamos como uno de sus antecedentes en el siglo XIX “La refalosa” de Hilario Ascasubi.

Al lado de ellos, poemas más bien minimalistas, de perfil bajo en su hechura y conectados con el fulgor efímero de la vivencia, pueden dialogar con estos poemarios completos y portentosos a nivel imaginario y lo hacen primordialmente porque las poéticas de lo mínimo, en poesía, nunca devienen minimalistas: siempre hablan la lengua del menor (de lo menor) pero no son menores, en todo caso apelan a lo que Josefina Ludmer llamó a propósito de Sor Juana “las tretas del débil”. Esta artimaña de hablar desde el margen logra suscitar una consciencia poética que esta antología hace evidente. No hay poetas menores, sí los hay menospreciados: otorgarles un lugar en la antología permite que éste sea ocupado a través del mérito que surge del poema mismo, como si de pronto poetas no tan conocidos o incluso desconocidos obtuvieran de pronto lo que en la esfera jurídica se denomina el recurso del “ha lugar”, esto es, la posibilidad de hablar, de tener la facultad de asumir su derecho a la palabra para defenderse solos, la posibilidad de que todo sujeto se vuelva locutor, sujeto que habla, sujeto parlante. No se puede obviar que esta antología le da por fin lugar y otorga el “ha lugar” a poetas entrañables que otras antologías no han podido incorporar y que la crítica de poesía todavía no ha podido estudiar, ni tampoco las historias de la literatura, salvo honrosas excepciones claro está. Sólo a título de ejemplificación, señalaremos el nombre de cuatro poetas cuya presencia en esta antología la justifican con creces, aunque por cierto por diferentes razones: la neuquina Irma Cuña es una voz poética que merece más atención que la que ha obtenido hasta ahora, una voz que bien podría oficiar como una poética fundamental a la hora de hacer una historia de la poesía de la Patagonia. Lo mismo ocurre con un poeta como Rubén Sevlever, de Rosario, cuya obra es tan intensa como expresiva de la experimentación con el lenguaje. A su vez la presencia de Mario Romero, el poeta tucumano que muere poco años después de retornar del exilio en su propia provincia, repercute con fuerza en el conjunto: quien no ha leído su obra y le interesa la poesía, deberá hacerlo porque se trata de un poeta radical, cuyo desconocimiento por cierta franja de lectores de poesía incomoda no le ha pasado a quien escribe esta reseña, que lo ignoraba. Por último, la poesía de Samuel Bossini, conocida sólo imperfectamente en un reducido circuito que la creía más oral que escrita, refulege con una potencia inusitada, como si el lugar que encuentra ahora en este ámbito le otorgase no sólo su justo reconocimiento sino, más todavía, la posibilidad de dialogar de igual a igual, de tú a tú, con los otros poetas argentinos.

Cuatro razones de peso dan fundamento a esta antología de Jorge Monteleone que, como bien señala el título, comprende nada menos que dos siglos, que se inicia con la “Marcha patriótica” de López y Planes que prestará su texto a nuestro Himno Nacional y se cierra con los poetas nacidos en la década del Cincuenta. **La primera razón:** el admirable mapa poético que queda cartografiado es tan extenso como intenso. La intensidad de la extensión reside en un afán de expandir con un gesto democratizador la línea, siempre restringida, del horizonte de los poetas consagrados. Ahora, con doscientos años transcurridos, resulta que hay muchos más poetas que merecen ser antologizados de lo que uno puede imaginarse. Esta concepción, quizás a nuestro juicio la más imbatible y consistente de todas las que alientan esta antología, vendría a decir que la poesía no se queda encerrada en el círculo áulico de los poetas justamente consagrados, aunque entre ellos no falten quienes todavía hoy gustan de mantener en sus cabezas el aura que hace doscientos años Baudelaire no dudó en dejar caer mientras intentaba cruzar la calle recién pavimentada y todavía llena de barro. Esta antología dice: hay muchos poetas, festejémoslo con fervor whitmaniano, es

decir, con el fervor que nace y se nutre del presente democrático. **La segunda razón:** no es valiosa esta antología porque haya alcanzado las 1000 páginas, sino porque posee cierto gesto que busca compendiar, en el sentido que desea surcar innumerables voces líricas como si la meta fuese reconstruir la miríada poética no solamente de la nación sino de las diversas regiones, barrios, periferias, esto es, una vasta y reticular territorialidad en esencia inagotable. El lector tendrá la sensación de que no falta nadie pero será una sensación falsa: sí faltan nombres que quizás podrían haber sido incorporados o, mirados de otra perspectiva, haber estado en el lugar de otros. Pero, aun así, seguirían faltando nombres porque toda antología, fatalmente, debe ser fiel al rumbo que define su propio movimiento. De este modo han sido convocados a la antología numerosas voces que, desde el registro culto al popular, desde las estrofas neoclásicas al tango, desde los tonos de la inflexión gauchesca y folklórica a las formas poéticas que encuentran el modo de parodiarlos, han dado carnadura a los núcleos fundamentales del imaginario colectivo, sólidamente amasado en estos dos últimos siglos. **La tercera razón:** en estas constelaciones, el lector podrá darse cuenta de que la poesía habla de la Historia, que sus imágenes arrastran a la imaginación hasta los abismos de la barbarie y que, metáfora o alegoría mediante, su boca habla o calla, vocífera o maldice, dulcifica o impreca, pero siempre da como testimonio su ración de verdad. Un poco para conjurar la maldición platónica de que los poetas mienten (habría por supuesto que pensar el sentido adjudicado a la mentira) y otro poco porque si algo muestra esta antología es la verdad histórica de la poesía en tanto anclaje del poema en su propio presente. Dicho de otro modo: la fecha en la que surge nunca es un limbo, ya que su acta de nacimiento revela que no es un género, como se lo ha querido leer, individualistamente inofensivo e incapaz de vérselas con lo real. Si algo muestra (demuestra) esta antología es eso: la poesía está fechada, su estar en las nubes es más una mala fama que una constatación pues ni el Rubén Darío nefelibata, el que anda siempre en las nubes, lo creyó nunca. **La cuarta razón:** el lector descubrirá que en estos doscientos años los poetas que escribieron desde adentro y desde afuera de la nación, siendo o no argentinos, nunca estuvieron mirando hacia otro lado ni distraídos de lo real. Esta certeza no depende únicamente del pretexto del Bicentenario que le dio origen a esta antología, más bien lo que aparece es el juego laborioso de la perspectiva del tiempo que deja ver más allá de lo intencional: la contemplación y al mismo tiempo la mirada crítica de la poesía argentina.

Los poetas que no están adentro y los que, estando, debieran estar afuera de esta antología, no son intercambiables. Lo hubieran sido si la ley que los organiza en un espacio lar (porque después de todo una antología es eso: una casa), no hubiese optado por la figura constelada, *la figura en el tapiz*, nómada y sutil en sus significaciones, en la estela de Henry James. A su vez, es posible que muchos poetas que forman parte de esta antología rechacen en el fondo el formato expandido y horizontal que Monteleone ha querido infundir a ésta. Serán aquellos poetas que no están dispuestos a compartir la casa con más poetas, heridos narcisistamente por el horror que les provoca tanta multitud, la casa tomada de la poesía argentina. También es posible que piensen que muchos poetas antologados sean: unos bastante mediocres y otros decididamente pésimos como para estar ocupando habitaciones, recámaras y jardines, convencidos todos ellos, en sus afanes de autovaloración, que muy pocos son poetas de verdad y que a éstos se los cuenta con los dedos de una mano, porque los verdaderos son los que han sido tocados por la varita mágica de la Gran Poesía. Como hace todo antólogo, con esta antología, Jorge Monteleone confirma (afianza) la concepción que tiene de la poesía. Queda claro que su concepción no es elitista puesto que los poetas argentinos son muchos y la poesía transgrede las fronteras de los cotos privados y gana zonas públicas que comienzan a ser conocidas por todos.

Enrique Foffani

* Laura Pollastri (edición literaria, coordinación y prólogo). *La huella de la clepsidra. El microrrelato en el siglo XXI*. Buenos Aires: Katatay, 2010, 544 p.

La huella de la clepsidra. El microrrelato en el siglo XXI es el feliz resultado de una convocación: críticos, escritores y lectores de microrrelatos reunidos en un congreso internacional –el 5º de Minificción. Es, también, el testimonio de una invocación: del llamado a un lugar real y al mismo tiempo simbólico, una zona apartada: la Patagonia que, al igual que el género del microrrelato, se reconoce descentrada. El volumen reúne una selección de